

Especificidad cultural, pluralidad cultural y cultura democrática (fundamento antropológico)

Carmelo Lisón Tolosana

Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Siento, señoras y señores, como antropólogo, una muy agradable impresión al estar aquí en Melilla, *ciudad marcada por la historia, espacio tan densamente significativo y culturalmente polivalente. Ha sido un privilegio pasear aunque brevemente por sus calles en las que se escenifican yos plurales y regímenes semióticos diferentes. Digo esto porque como saben, voy a hablar de identidad cultural en sus diferentes aspectos de especificidad y pluralidad, de necesaria singularidad y a la vez de la no menos necesaria hibridez y homogeneización, dimensiones ambas a simbiotizar en un *desiderátum* sin perder cada una su esencia. Tarea difícil pero alcanzable. Y necesaria, porque necesario es conocer primero la compleja realidad humana para poder actuar después. No hay alternativas ni atajos. Cuatro van a ser las reflexiones que muy brevemente voy a exponer—según el tiempo que me han asignado— en su dialecticidad, en zigzag, en positivo y negativo, en sus pros y sus contras, resultado de los tirones contradictorios de nuestro humano predicamento y condición. Humano predicamento que produce el drama moral de nuestro tiempo.

Primero. Todos tenemos conciencia de nuestro yo personal, módulo innato, *force of nature*, núcleo ontológico con pulsiones primarias y vivencias existenciales. Con su anclaje cultural por haber nacido en una determinada familia y no en otra, en un espacio geográfico determinado y no en otro, hablando una lengua que marca por vida, habitando en una comunidad con su historia, con sus calles y plazas, con el colegio en que aprendimos las primeras letras, con sus lugares sagrados y liturgias, con sus héroes, ritos y fiestas, etc., se fusiona la identidad óptica personal con la *comunitas* o paisaje cultural que convierten a nuestra persona en núcleo de lealtades primarias, únicas, diferentes que rigen nuestro ser y hacer en primera instancia. Queramos o no queramos. A ellas nos debemos primaria y solidariamente; no estamos genética-

* Texto de la conferencia que el profesor Lisón Tolosana ofreció en Melilla el 1 de diciembre de 2010 en el marco de las II Jornadas “Ciudadanía plural, derecho y democracia”.

mente programados para abrazar a casi siete billones de personas como verdaderos hermanos. La constitución de nuestra naturaleza nos hace pensar primero en nosotros mismos frente a los demás, después en nuestra familia y a continuación en un grupo restringido.

Segundo. Refuerzan estas experiencias íntimas y primarias las costumbres, hábitos, la veneración de nuestros antepasados que reposan en el cementerio, los códigos estéticos y morales, los derechos y obligaciones en los que estamos inmersos, las creencias y cánones de pensamiento que interiorizamos y que conforman una segunda naturaleza, la visión del mundo y de la vida con el decálogo que prescribe qué es la vida en sociedad, la vida que queremos vivir, los ideales y la formulación de la transcendencia en el más allá que profesamos. Ciertamente que todo es, en principio y también, un *affair of the mind*, esto es, representaciones mentales contingentes en su contenido, pero estables culturalmente porque confieren orden, estabilidad social y reposo espiritual, universo simbólico mental en que nos sentimos cómodos como en casa, a gusto, con satisfacción interna. Perderíamos preciosos retazos de humanidad, perderíamos formas de belleza, categoría de certidumbre y modos de verdad el día en que desaparecieran esas creaciones humanas diferenciadas, esos reducidos miles de lenguas en que quedan las cincuenta mil habladas, perderíamos las meticulosas maneras de exploración moral con el arco iris de valores e intercambios, las variaciones de tipos de familia y parentesco, la fabulosa riqueza de creación mítica y mental, el ritual en su esplendor y la sutil apreciación valorativa con pretensiones de transcendencia. Nos empobreceríamos humanamente, sin duda. Las formas de ser hombre han sido muchas y por consiguiente, las formas de espejarnos y vernos objetivamente y de conocernos en nuestra fascinante y plural humanidad. La pluralidad de culturas es un enorme riqueza que sólo a nuestra costa podemos permitirnos el lujo de que desaparezca.

Tercero. Todo cierto, remunerante e inevitable, sin duda, pero a la vez toda cultura, por el hecho de serlo, conlleva problemas, porque debido a su propia naturaleza crea fronteras, murallas chinas y judías, porque toda afirmación interna produce un potencial antagónico frente al Otro, al ajeno y extraño, al de otro grupo, tema éste complejo, híbrido, laberinto por el que hay que andar con criterio objetivo, riguroso y preciso. Una de las más antiguas denominaciones que encontramos en el lenguaje indoeuropeo es *ghosti* que se refiere y realza el carácter interno, solidario y moral de la propia comunidad pero frente a otra; extranjero es el antónimo y significa el de fuera, el prisionero, el esclavo, el que no tiene derechos, el enemigo, imbricación semántica recíproca y opuesta que se da en todas culturas. *Arya* denota a los indoeuropeos y significa hombre de mi propio pueblo, amigo, aliado y por extensión, nótese, huésped, que obviamente es un ajeno al grupo, un extranjero y por tanto y en principio un rival, pero con esa marcada ambigüedad de que un extraño pueda convertirse en huésped, amigo y aliado. Es más, esta noción de extranjero, con más de 4.000 años de existencia, acaba siendo un concepto esponja que se ensancha y encoge según momento, relaciones y estructuras porque a la vez el mismo concepto de nativo o de dentro puede referirse al linaje, al clan, a la ciudad, al grupo, a la nación e incluso a la humanidad entera; lo determinan la necesidad, la costumbre, la ley y la política. Todo ambiguo y laberíntico.

La palabra “extranjero” verbaliza una vivencia mucho más antigua y primordial; la experiencia del extraño es tan primaria y fenomenológica como universalmente

cultural porque se le acepte o rechace, distingue, discrimina y clasifica siempre, en todas partes, por todos los pueblos; el binomio identidad/alteridad, yo/Otro es un hecho existencial y por tanto universal. Experiencia y concepto proceden de determinantes básicos y de objetivas razones, institucionalizadas además por cánones culturales. Todo nosotros es una fábrica de identidad y por tanto de lealtad con unos y oposición a otros. Ningún grupo humano puede subsistir como tal a no ser que sus miembros reconozcan y desarrollen lo que tienen en común. La diferencia y la extrañeza vienen de la particularidad de la existencia humana. La diversidad, la extranjería tienen sentido desde un seguro y confortable marco de identidad cultural. Nuestra comunidad político-moral nos define y cimienta nuestro ser al anclarnos en un lugar, en una estructura social y proveernos de una cosmovisión nos presta certidumbre, dignidad y valía. Más aún, la nostreidad nos proporciona el sentido de totalidad, de comunidad moral autosuficiente que nos separa del Otro. Pero totalidad, moralidad y separación son, nótese, conceptos básicos en la definición de lo intacto, de lo sin mezcla y puro, esto es, de lo sagrado. La sacralidad es nota esencial en la definición del grupo, lo que quiere decir que, en principio, tenemos que esperar que todo grupo étnico se defina a sí mismo como más natural y propio, como mejor y superior frente a los demás, lo que genera narcisismo y sentimentalidad cultural que pueden ir acompañados de prejuicios, discriminación y racismo. Pros y contras de nuestra humana y natural constitución, ventajas e inconvenientes inseparables de nuestra humana situación, privilegios y problemas que derivan de la actividad cultural que nos dignifica. Pero, ¿es esto todo? Ni mucho menos, porque también podemos formular una noción de cultura abarcante, inclusiva, más allá de nacionalidad, monolingüismo y etnocentrismo. Veamos cómo.

Cuarto. Cuando experimentamos personalmente otras culturas en profundidad, y las sometemos a escrutinio en su realidad básica y primaria nos percatamos de cuán similares son sus voces a las nuestras y de cómo últimamente la diversidad humana puede mostrarse equivalente; percibimos, por ejemplo, que el exotismo, la rareza y la diferencia no son tan importantes, en última instancia, porque todo son variaciones en el interior de un *masterplot*, especialmente en una era o momento tan fragmentado y frenético como el nuestro. La homogeneización debida a la globalización, a la explosión demográfica, a los movimientos migratorios y a la intensificación de intercambios es imparable, y el resultado es hibridez y promiscuidad cultural. Y estos procesos “civilizadores” fuerzan a su vez a la fluidez analítica, obligan a pensar nuevos discursos mentales para propagar un humanismo conceptual redentor que englobe a la humanidad en una común, panhumana identidad, lo que obviamente devalúa lo específico.

Pero hay, a la vez, algo más fundamental y radical que nos guía y conduce en esa misma dirección y meta: la constitución de nuestra humana naturaleza. Todos venimos a este mundo de la misma manera, todos gozamos, sufrimos y enfermamos, todos tenemos los mismos deseos básicos, idénticas frustraciones y todos morimos como cualquier animal. Este bagaje genético común, este suelo infraestructural biológico está a la base de comunes vivencias existenciales connaturales a nuestra humana realidad, vivencias que encontramos objetivadas en el vivir de todos los pueblos, por ejemplo el cuidado de los bebés. En todas culturas encontramos el eterno retorno de lo mismo aunque de manera diferente, esto es, generalizaciones empíricas que describen regularidades fácticas, siempre que englobemos el conjunto pertinente en un arco tole-

rable de un mínimo de elasticidad y valoremos la estrecha proximidad entre propiedades últimamente similares.

Bajo esta compleja rúbrica podemos pensar en universales sociales, conjunto formado por la necesidad panhumana de convivencia que conlleva altruismo, cooperación, reciprocidad, intercambio, comunicación, instituciones como la familia y expresiones faciales y gestos de alcance general. La convivencia genera también conflictos estructurales que en todo grupo exigen la elaboración de modos de consenso, equilibrio, solución o enfrentamiento variados. Lo que elevado a generalidad quiere decir que todo sistema social es en principio necesaria y formalmente un sistema moral, de contenido sustantivo variable, sin duda, pero siempre con normas en vigor tanto intra como extragrupalas. Y esto es así desde siempre y en todas partes.

Compartimos también universales culturales como es el lenguaje con sus prescripciones normativas, el rito escrupulosamente programado según orden y procedimiento, el mito inseparable, en sus variaciones, de toda configuración cultural, el simbolismo y la plural creencia, el arte, la danza, el juego y la fiesta con su orden y forma, integrantes de toda cultura, de ayer y de hoy. Cada uno de estos elementos implica algún modo de interrelación pautado, correspondencia, jerarquía y poder. Y por último, son connaturales a nuestro específico humano predicamento universales mentales como las predisposiciones cognitivas, la racionalidad y la irracionalidad, el pensamiento dicotómico que se origina en las partes de nuestro cuerpo, la emoción y la empatía. Y no menos importante, la humana razón práctica —necesaria para vivir— florece en imprescindibles significado, sentido y valor. Todas estas convergencias y dualidades estructurales comunes llevan también a soluciones razonables comparables de los comunes problemas, soluciones pletóricas de significado y valor que trascienden el hecho. La conjunción de elementos en los tres ámbitos puede darnos el paradigma de contenidos predominante y común en todas culturas. La etnografía será siempre la clave.

Pero aquí nos encontramos una vez más frente a la aporía que ya conocemos porque este universalismo axiológico razonable y *summum desideratum* puede convertirse en un positivismo duro con caracteres mitológicos utópicos e ilusorios, esto es, en un innecesario allanamiento de lo singular y particular por imposición y dominio externo disolviendo el específico valor cultural. La magnitud abstracta de un valor universal que no es equivalente ni intercambiable con un valor o norma cultural local causa alienación de lo propio, sometimiento involuntario al Otro y niega la identidad cultural sin principio nivelador ni intercambio de equivalencias; es dar todo por nada. No es de extrañar que se haya encontrado y encontremos en las culturas avasalladas un rechazo de una axiología sistemática universal al violar por imposición, disolver lo propio y eliminar la singularidad primaria, el *ethos* de culturas diferentes, próximas o lejanas que pretenden garantizar un modo de ser y evaluar, rechazando lo sistemático y universal ajeno, es decir, el carácter cerrado de un sistema lógico que no siempre entienden. Las diferentes culturas iluminan con relámpagos etnográficos diferentes el amplio horizonte moral humano. Y desde luego que no los podemos ignorar. Y si lo hacemos, repito, es a nuestra costa.

Y sin embargo no podemos caminar por la vida, en este mundo global, sin un mínimo elenco o *núcleo duro* de valores universales. Hay algo que llamamos Humanidad y a la que apelan hasta los pueblos primitivos y minorías étnicas cuando se ven humillados en lo que consideran sus derechos. Humanidad en cuanto permanente

posibilidad de lo humano, algo inherente a todas culturas y modos de vida, algo que generaliza e integra a todos los hombres como principio heurístico. Ciertamente que el acuerdo universal en cuanto a un consenso respecto a valores universales abstractos y absolutos, en vigencia, es teóricamente complejo y difícil, pero también, y por otra parte, es incuestionablemente necesario luchar por la justicia y por la verdad, yendo más allá de la familia, de la tribu, del partido, de la ideología, del ismo teórico y del dogma; es necesario, repito, formular una conciencia humana con valores humanitarios universales; es imperioso e inaplazable alcanzar un transcendentalismo práctico a través de discusión sin fin dialogada, aquí y ahora, buscando justificaciones razonadas regidas por principio y teniendo en cuenta la variada etnografía cultural.

Como no conocemos fatiga en el MAL —la crueldad es un rasgo universal—, como los conflictos entre humanos son inevitables lo mismo que entre los valores —la justicia puede no ser compatible con la legitimidad— y como el dolor y la enfermedad nos son inherentes nos vemos forzados a adoptar un punto de vista suprapersonal y sentirnos no como el centro sino como parte de otro mundo en el que tenemos que contar con otros por la fuerza de las cosas. No podemos permanecer neutrales ante ideas y prácticas que nos hacen más solidarios y humanos, que nos liberan de la tiranía, de la enfermedad y de la ignorancia. La tortura y el sufrimiento del inocente simplemente no son tolerables. La verdad, la justicia, la tolerancia, la igualdad, la racionalidad, el sentido y el valor son connaturales a nuestra fenomenología existencial. Tenemos que aprender el arte de vivir, a vivir con la caricia del misterio; pero también sentimos que la humana y común humanidad nos da un ramillete de valores absolutos. Eso es lo que nos da, eso es así y eso es todo. Dicho de otra manera: es absolutamente necesario aceptar un panhumanismo y vivir en una *cultura democrática* porque ésta es la única que salvaguarda las diferencias culturales y la plural ciudadanía, la única que promulga un código panhumano absolutamente inviolable, universal sin paliativos, supremo y transcendente de igualdad, de libertad, de justicia y de respeto por la dignidad de la persona que compromete, obliga y fuerza a todo hombre por serlo. No hay excepción.

Melilla, ciudad frontera, avanzadilla de encuentro cultural, *trait d'union* entre gentes, lenguas, creencias, ritos, ideologías y *formas* de vida, Melilla, receptáculo de alteridad, invita a la vez, a respetar por una parte y quebrar por otra dualidades, conformando un *continuum* cultural. El espíritu de este lugar requiere aproximación mutua, traducción de mensajes y adaptación, un código ético *severo en su núcleo* pero flexible en su contenido, un código mediador pero en respeto mutuo. Melilla puede ser el escenario modélico, un laboratorio en el que se dramaticen modos originales de civilidad y ciudadanía armónica, siempre en diálogo incesante. La tensión de la frontera es también fuente de conocimiento y convivencia que enriquece a todos. Éste es el verdadero privilegio de Melilla. No es fácil, pero es posible en una ciudad como ésta. De ustedes todos depende.